

GUËROS - Alonso Ruiz Palacios



La ilusión del bajo coste

A pesar de su declaración inicial de intenciones, rodada en blanco y negro y en formato 4:3, es la aparente relajación e intrascendencia de la obra lo primero que sabe llegar al espectador medio. Porque Güeros ante todo es divertida, muy divertida. La historia de Sombra y Santos, dos amigos que viven en la más absoluta inactividad. Encerrados en un pequeño apartamento al que le han cortado la luz y que se autodeclaran en «huelga de la huelga de estudiantes» que sacude la ciudad es cuestionada a base del dinamismo que otorga la visita del hermano menor de Sombra, Tomás, quién insiste en buscar a la idolatrada y enigmática figura de su infancia, el hombre que pudo haber salvado al rock mexicano. La cinta, que comienza con una secuencia y un pulso de cámara al hombro digno del compatriota Robert Rodríguez, no tarda en mostrar sus cartas con un atrevido movimiento de rotación de cámara en plena carrera, volteando el universo con decisión para que podamos ver lo que normalmente nos pasa desapercibido. Es este desvelamiento el anticipador de toda la ruptura que está por llegar, el primer aviso de que estamos ante un filme distinto. Filme que deriva el siguiente cuarto de hora a base de carcajadas en la estaticidad de la comedia que se vale por sí misma. Ya saben, esa que formalmente luce simple, descuidada, y que fía todos sus recursos cinematográficos a un potente guión bien interpretado. Esa misma que llevó a Kevin Smith a la fama con esa joyita que es Clerks.

Y cuando nos sentimos cómodos ante este estilo tan reconocible. Cuando el viento sopla y el discurso queda súbitamente superado en el momento en el que los personajes abandonan el edificio en el que viven para aventurarse en la noche de Ciudad de México. Comienza entonces una road movie de temática diluida en la que los personajes y la reflexión se entremezclan en un collage que, a pesar de ser en ocasiones artificioso, son, de nuevo, las formas las que voltean lo que tantas veces hemos visto regalándonos la sensación de novedad, especialmente en la relación de amor y en la humedad de ese no pierde ni naturalidad ni frescura. último beso que parece no tener fin.

Esa puede que sea la principal virtud de este trabajo, que a pesar de no escapar del espíritu gamberro sabe mantener un afán intermitentemente poético. Concediendo pausas en su desarrollo, dejando respirar, concentrándose en detalles insignificantes con primerísimos planos, o en juegos sonoros que a nivel narrativo no van más allá de la impresión que producen. La autoconsciencia de su realizador es la responsable de que podamos hablar de obra de culto instantáneo. Ya que en ese sentido la cinta en ningún momento es una convencionalidad que busque correr riesgos. Está situada en una esfera más elevada, en el nivel del juego y de la diversión, en el de la pura osadía de quién realiza su primera película con total atrevimiento y libertad, y quizás sea así como sin pretenderlo llega a crear esta obra de arte. Porque la narrativa, a pesar de estar guiada por un muy buen guión, no es grande ni pretenciosa. Porque, quizás, la historia, el reflejo de la mitomanía de unos personajes que buscan al ídolo de su infancia, al hombre que hizo llorar a Bob Dylan, quizás sea lo de menos. La forma absorbe al contenido continuamente, envolviéndolo en un halo que causa una atractiva fascinación que no es frecuente de ver en el cine reciente.

Source : Álvaro Martín, El antepenúltimo mohicano - 30 septiembre 2014
redacción Valladolid | Jurado joven - 62ª edición del Festival de San Sebastián